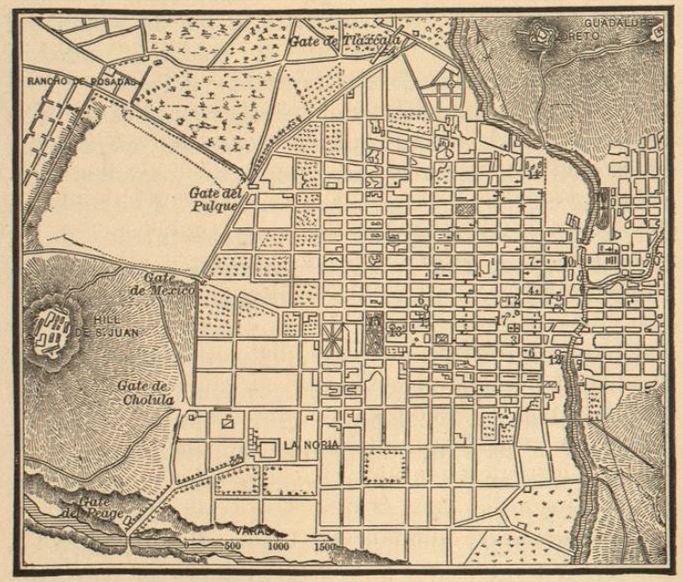
formidables fuertes provistos con mas de 100 bocas de fuego, parecia bastante presuntuoso ponerle sitio á una plaza que habia rechazado triunfante al mas imponente ejército de Lorencez, y desafiado por meses enteros las huestes y baterías de Forey. Puebla bien podia sentirse segura y hacer burla de semejante tentativa, aun cuando su gobernador fuese el presumido y apático general Noriega. Las tácticas anticuadas, que aprendió él en la escuela del marqués de Vivanco, estaban, no obstante, considerablemente modificadas por las mas modernas ideas del general Quijano, su segundo, que era hombre de reconocida reputacion desde la guerra de 1846 á 1847.



PLAN DE PUEBLA.

Diaz llamó á su lado al general Álvarez, gobernador de Guerrero, quien, con la ayuda de un clima cálido y de terrenos escabrosos, habia conseguido mantener cierto

dominio en aquel estado. Con su division se esperaba acrecentar la fuerza sitiadora con 1,500 hombres y unos cuantos cañones; pero otra vez vinieron órdenes del gobierno para despachar mas gente al sitio de Querétaro, y Diaz tuvo que valerse enteramente de la estratagema y perseverancia para suplir la escasez de fuerzas. Bazaine, que estaba á punto de embarcarse, pagó un tributo á este *homme extraordinaire*, que fugitivo de una prision y errante habia formado de la nada un ejército, y disciplinádolo en medio de una brillante campaña. "Pero se estrellará si comete el error de ponerle sitio á Puebla. Yo me encargaría de su defensa con la tercera parte de la guarnicion que tiene ahora."

Se habia contado con que Noriega tratara de estorbar las operaciones haciendo salidas, que no habrían dejado de causar molestias y tal vez desastres; pero por extraño que parezca, los sitiadores no hallaron tropiezos en la lucha por las líneas del oeste y del sur. Muchos pierden su sangre en vano delante de la fortaleza avanzada del Cármen, bizarramente defendida por Carrillo; pero encuentran la compensacion por otra parte. Lentamente, pero con seguridad, siguen adelantando con atrevidos asaltos, haciéndose un dia del inexpugnable fuerte de San Javier que mandaba el general Carrion; en otro dia cae La Merced; y mas luego Gonzalez sella con su sangre la toma de San Márcos. Minando y horadando ganan una manzana tras otra, abriendo siempre nuevos caminos para los cañones que avanzan, y hacen que las murallas, ora las de Belen de cimas cruzadas, ora las del almenado San Agustin, se hundan en ruinas espantosas, miéntras las torrecillas ruedan sobre los vacilantes altares, el humo sulfuroso se eleva en vez del incienso, y las campanas ruedan con sus lúgubres tañidos dando dobles como augurio de la suerte del imperio. ¿Y qué entierro mas adecuado para el imperio que ese en medio de los escombros de los templos que habian formado su base primordial?

Diaz se multiplicaba, para estar en todos los puntos á cada instante, privándose del reposo en medio de aquella acumulacion de deberes. Inspeccionaba las líneas y dirigia la construccion de barricadas y trincheras. Alentaba á sus soldados viendo la manera de aliviarlos y compartiendo sus fatigas, ya con su valor y constante descuido de sí mismo, ya por algun hecho de intrepidez; su vida parecia estar encantada. Una vez, miéntras se disponia para un asalto en un terreno que tan bien le traia á la memoria los dias en que él mismo lo defendió, se vino á tierra una pared sepultándolo debajo, y causando la mayor consternacion de sus soldados, quienes se arrojaron frenéticamente atravesando la lluvia de balas á extraer su cuerpo, siendo grande su alegría al encontrarlo casi ileso.

Uno de sus golpes brillantes, no comprendido por los ingenieros de Forey, fué la ocupacion una noche de la alta calera de Mujica, la cual, despues de llenada de tierra y de piedras, sorprendió á la ciudad, al siguiente dia, abriendo sobre ella con una batería formidable, que no solo ocasionaba gran daño, sino que protejia con mucha eficacia las operaciones del sitio que estaban á su alcance. Se aprovechó de los cañones abandonados en Perote y Borrego para acrecer su artillería; y así con la fertilidad de recursos, con ingeniosas aplicaciones y valiente perseverancia, se logró adelantar en las operaciones de sitio en dos semanas, mas que los franceses en dos meses á pesar de la vasta superioridad de sus recursos.

Mucho tiempo consagró el general tambien á los ramos administrativos. Compuso el telégrafo entre Veracruz y el valle de la laguna, y mantuvo comunicaciones con todos los distritos desde Toluca y Chiapas hasta el golfo. En el esfuerzo para conseguir fondos impuso la contribucion de uno por ciento sobre toda clase de propiedad, estableció una aduana en Apizaco, y mandó un inspector á reorganizar las de los puertos del golfo, dejando abierto el de Alvarado al comercio de altura, durante la ocupacion de Veracruz por los imperialistas. Consiguió bajo su responsabilidad personal un préstamo del agente de la tesorería en Orizaba, para cubrir algunas necesidades urgentes. De esta manera, en las últimas agonías de la guerra, cuando era de esperarse que todo llegaría á un estado de mayor desórden, él arregló, en todas las provincias del sur y del centro, los negocios políticos y económicos de tal manera que causó la admiracion general, y contribuyó á la marcha futura del progreso por su inmediato efecto, é indirectamente por su ejemplo.

Como un rasgo notable de aquella administracion pasajera, puede señalarse la distribucion equitativa de las contribuciones é impuestos, que tendia principalmente á aligerar el peso que hasta entónces se habia hecho recaer por descuido sobre los indefensos pobres, y sobre las víctimas que estaban mas expuestas por hallarse mas á mano, respetando, no obstante, escrupulosamente los derechos de las clases acomodadas. "Si yo fuese únicamente el jefe de un ejército, bajo la direccion del gobierno," decia, "tendría ménos responsabilidad y mayor libertad de accion; mas soy, por ahora, legislador y ejecutivo, á la vez que general; y me creo obligado, tanto por honor como por deber, á medir cuidadosamente cada paso, y á atender personalmente á cada ramo para que todo se haga con justificacion."

Su campamento se convirtió en tribunal á donde de todas partes acudia la gente con peticiones ó quejas, á las que él atendia con patriarcal solicitud, en medio de sus varias ocupaciones, no siendo raro vérsele volver de una junta de guerra donde se tratara de un nuevo medio de destruccion, á reparar el mal hecho á algun desdichado; ó dirigir corteses saludos en medio del estruendo de las baterías, bajo las nubes de humo de la pólvora, y aun en presencia de los despojos de la muerte. Aldeanos medio desnudos, hacendados ricamente vestidos, y mujeres con el rostro casi cubierto y miradas llenas de curiosidad, se agolpaban

en su camino para admirar al esforzado caudillo y al sabio administrador; para preconizar con entusiastas vivas sus hechos gloriosos y sus benéficas medidas; para espiar inútilmente en su semblante halagüeño, pero impenetrable, un presagio del dia siguiente; y para engrosar, en fin, el abigarrado cortejo que lo seguia hasta el cuartel general, donde los libros, los mapas, y la meditacion le llamaban al campo del reposo.

Los demás buscaban la señal para reposar en el lúgubre clamoreo del toque de ánimas que partia de los campanarios de la ciudad, los cuales se dibujaban en el horizonte, semejantes á gigantescas estatuas de Memnon, á la espirante luz crepuscular que rápidamente se desvanecia mas allá del Popocatepetl; en tanto que la mustia naturaleza se envolvia en el espeso velo de la noche, el fragor de la batalla se extinguia entre el susurro de la brisa, y el ronco alarido de los combatientes se hundia en el solemne "Ave María" que recitaban la tropa y los paisanos, sobre quienes la brillante luna arrojaba sus bendiciones; miéntras las estrellas se agrupaban para velar en compañía de los centinelas que se paseaban, y cuyos pasos mesurados y el "alerta" que dejaban oir de cuando en cuando, dejaban conocer que se habia dado tregua á la lucha.

Cuando con mas seguridad se avanzaba hácia un feliz desenlace, las operaciones del sitio fueron amenazadas por un movimiento del enemigo, que bien pudiera disipar las ventajas hasta entónces obtenidas, y acaso cambiar el aspecto de toda la campaña.

Maximiliano se habia atrincherado en Querétaro, y esperaba pasivamente el ataque de las fuerzas republicanas que gradualmente engrosaban bajo las órdenes de Escobedo, general en jefe del ejército del norte, y no hacia ninguna tentativa para interrumpir sus preparativos, ó para batir en detalle á las dispersas secciones, aunque ámplia oportunidad tuvo para ello. Despues de algunos dias de sitio, cuando los republicanos que lo sostenian no pasaban de 25,000, se pensó

en una retirada con 9,000 hombres hácia la capital, á fin de formar un solo cuerpo con las fuerzas que allí habia, debiéndose obtener así un total de 20,000 hombres, con los cuales se intentaba librar una batalla. Este proyecto fué desechado, y en vez de ello se dieron á Marquez 1,200 caballos para que se abriera camino á la capital, é hiciese efectivos los contingentes de hombres, numerario, y material de guerra que sin cesar prometian los conservadores, pero que nunca enviaban. Con este fin fué investido de poderes omnímodos, como lugarteniente del emperador, para reformar el gabinete, del que se desconfiaba, con Vidaurri, el de Nuevo Leon, como ministro de hacienda y probablemente jefe del ministerio, y con instrucciones para establecer una regencia en caso que el monarca falleciere.

Cuales hayan sido en realidad las órdenes que Marquez llevó, no se sabe á punto fijo; sin embargo, ellas indudablemente le imponian que trajese ó enviara refuerzos á Querétaro á toda prisa, para sostener la defensa de la plaza y contribuir á la victoria que se esperaba alcanzar. Cuales hayan sido sus intenciones tambien es dudoso; mas el llamamiento de Noriega para que lo auxiliase, demostró la necesidad de conservar para el imperio tan importante posicion, aunque no fuese mas que con el objeto de detener la marcha del ejército de oriente sobre Méjico, ó acaso para contribuir á precipitar la caida de Querétaro. Bajo sus despóticas órdenes, la rica Méjico fué violentada á ministrar tanto fondos como hombres, y Noriega recibió el 27 de Marzo la placentera noticia de que pronto le llegaría un refuerzo de 8,000 hombres, entre los cuales habría franceses, austriacos, y otras tropas escogidas.

Esta noticia causó una consternacion general entre los sitiadores, pues la superioridad numérica, no ménos que la fama de Marquez como caudillo, era un poderoso motivo para determinar la retirada cuanto ántes. Diaz conoció el peligro, así como la futilidad de inten-

tar esta vez una repeticion del episodio de Oajaca. El considerable tren que llevaba consigo era un estorbo á sus movimientos, y el ataque probable que sufriría, tanto por el frente como por la retaguardia, podia ser desastroso. Eran, sin embargo, mas temibles para él las consecuencias de una retirada, que no podian ser otras que la desmoralizacion de su ejército, la pérdida de las ventajas obtenidas y la de su propia reputacion. Cualquiera podría imaginarse la lucha en su interior; pero no la naturaleza de ella. Tan pronto formaba un plan como lo desechaba, hasta que al fin tomó una resolucion. Á la hora de comer se presentó sereno como de costumbre, miéntras todo lo que le rodeaba parecia oscurecido por la nube que amenazaba eclipsar la estrella de oriente. Aun mas jovial tornóse todavía al observar las furtivas miradas que le dirigian, y exclamó: "Tengo el presentimiento de que celebraremos el aniversario del glorioso 5 de Mayo dentro, ó por lo ménos, cerca de Méjico." El tono de seguridad y la alegre expresion de su semblante al pronunciar esas palabras, produjeron desde luego un efecto favorable entre los circunstantes que pronto se trasmitió á todo el campamento.

Suspendiéronse las hostilidades, y empleóse la tarde en preparativos que indicaban claramente una retirada. Los cañones se quitaron de las baterías: los carros se colocaron detras del cerro de San Juan; y vióse un número considerable de hombres ocupados en llenar sacos de paja y de mimbres. "Para qué?" preguntaban los curiosos. "Para hacer luminarias y ocultar con ellas nuestra fuga," respondíase en el acto. No fueron necesarios, sin embargo, los informes de los espías para convencer á los poblanos de lo que ellos mismos veian. Con esto y las nuevas del general Marquez llenóse de una loca alegría la ciudad entera. "Cuanto apostamos á que mañana han desaparecido ya!" era la voz que repetian con desprecio las avanzadas y los que no estaban de reten.

Esa misma noche, la del 1° de Abril, Diaz citó á

junta de guerra á los jefes principales. "Tienen razon esos jactanciosos," dijo, "no estaremos aquí mañana, sino dentro de la ciudad." Los que le escuchaban no comprendieron de pronto lo que quiso decir; mas lo que parecia ser un absurdo cambió de aspecto bajo el prisma de la explicacion. Se propuso un falso ataque sobre el convento del Cármen, punto el mas avanzado al sur de la ciudad, con objeto de llamar la atencion del enemigo y atraer allí la reserva de la guarnicion; en seguida el asalto por toda la línea del oeste y del sureste, á trece puntos diferentes, escogidos de tal manera que asegurasen una pronta sorpresa á la retaguardia de las posiciones mas fuertes, tan luego como algunas de las mas débiles fuesen ocupadas. Los sacos llenos de pajas y varas debian servir de faginas para cegar los fosos y poder cruzarlos. Entre las dos torres del cerro de San Juan colgáronse sobre alambres tiras de algodon, empapadas en materias resinosas, y que debian encenderse para dar la señal del ataque. Debido al corto número de las fuerzas, las columnas asaltantes tendrían que componerse de ménos de 100 hombres, por término medio; sin embargo, no se necesitaba mas que arrojo para tomar algunos de los puntos, teniendo que sucumbir sucesivamente todos los demás. El plan fué aplaudido unánimemente, suscitándose una amistosa rivalidad por el honor de llevar las columnas al asalto. Casi todos los generales obtuvieron el mando de un destacamento, asumiendo Alatorre, como jefe de la 1ª division, el de la reserva, con la que debia acudir á donde mas se necesitase de su auxilio. Acordóse á la vez guardar el mas riguroso secreto y el no arrojar ningun grito, ni hacer el menor ruido que pudiere infundir sospechas á los sitiados. Los semblantes gozosos de los oficiales, á pesar de esa determinacion, revelaron desde luego la grata esperanza de que se realizaría una de las atrevidas empresas, tan á menudo asociadas al nombre de Porfirio Diaz, y un sentimiento general de entusiasmo se hizo manifiesto

Situáronse varios de los cañones frente al Cármen con tres columnas cerca de ellos. A las tres de la mañana del 2 de Abril Diaz se presentó en su puesto, y rompió los fuegos que fueron pronta y nutridamente contestados. Despues de un cañoneo como de media hora, una de las columnas asaltantes avanzó, dando grandes voces, hácia la abierta y anchurosa brecha; pero solo para volverse á mitad del camino, ante la lluvia de metralla con que fué recibida. Poco despues lanzóse la segunda columna que logró acercarse mas, pero que tambien fué rechazada; y en seguida la tercera y mas numerosa al mando del general Figueroa, que llegó hasta el foso, pero sin poder salvarlo.

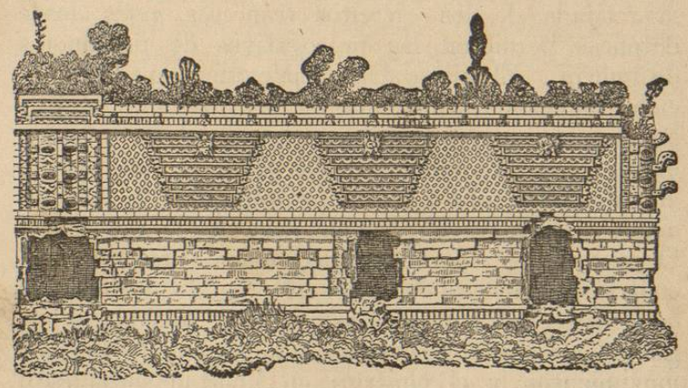
Juzgando que esos tres movimientos habrían engañado suficientemente á los sitiados, el general Diaz hizo dar al clarin la señal convenida. Inmediatamente resplandecieron las encendidas tiras resinosas, derramando una luz siniestra sobre la ciudad y sobre el valle, y poniendo de manifiesto ante los azorados defensores de la plaza las numerosas columnas que en silencio se habian deslizado, y que rápidamente se acercaban por todos lados. Un momento despues las descargas sucesivas de fusilería vomitaban torrentes de fuego tanto al este como al oeste, siendo terriblemente contestadas desde las trincheras donde las detonaciones de los rifles resonaban agudas entre el ronco rugir de los cañones, en medio de las llamaradas que serpenteaban por toda la extension de la línea, semejantes á las olas fosforescentes que revientan sobre la playa. Muchas, muchísimas veces cruzáronse esas ondas de fuego, cuyo fulgor y estrépito, despues de recorrer la llanura, iban á morir al pié de la lejana sierra.

Furiosa fué la lucha, mas furiosa sin duda de lo que debia esperarse, despues del engañoso movimiento practicado por el lado del sur. Diaz buscaba con ansia una señal de triunfo; habia observado atentamente como arrojaban las columnas sus faginas á los fosos y se lanzaban con denuedo sobre las trincheras y baluartes, que sin cesar vomitaban ardiente plomo y hierro, para ser rechazadas una vez tras otra. Vió como Alatorre corria presuroso á sostener á los soldados que flaqueaban cerca de La Merced, y contempló tambien á Pacheco dos veces rechazado de La Siempreviva. De repente, sin embargo, verifícase un cambio. El mismo Pacheco da otro empuje, sin cuidarse de sus heridas ni de su baldado brazo, y ocupa por fin aquel reducto; mas, al llegar á él se deja caer en tierra al mismo tiempo que lanza un grito de júbilo: su pierna inutilizada se niega á sostenerlo mas tiempo. Inmediatamente despues estalla un tumulto: es que varias columnas habiendo ocupado los puntos mas accesibles, caen sucesivamente sobre la retaguardia de la combatida línea, en donde una fuerza que ha sido cortada se rinde muy en breve. Los gritos victoriosos que á cada momento se oyen en todas direcciones anuncian que la resistencia es ya enteramente inútil, lo cual hace determinar una violenta retirada hácia los cerros de Loreto y Guadalupe; mas esto no pudo efectuarse sin una tenaz persecucion, y tan de cerca, que solo permite á una parte de los fugitivos hallar abrigo dentro de aquellos fuertes.

La aurora del nuevo dia reemplaza las moribundas llamas del cerro de San Juan, y saluda á la bandera republicana al izársela en Palacio y en los campanarios, en tanto que Loreto formula una rugiente protesta desde sus baterías, sosteniendo por algunas horas un cañoneo que solo ofende á la ciudad. Las victoriosas tropas se reunen en la plaza para rendir una ovacion á Diaz, pues que á él corresponde lo principal de los honores de la jornada, digno complemento del cinco de Mayo y que brillará como una estrella en el escudo de sus servicios. La infructuosa hazaña de Zaragoza adquiere un nuevo lustre con este atrevido golpe, fecundo en resultados favorables á los derechos de la nacion. En vano son las modestas protestas del general, desconociendo su propio mérito y atribuyéndolo todo á los valientes oficiales que con tanta reso-

lucion llevaron á efecto sus planes y afrontaron el peligro. Ellos, por su parte, no reconocen á otro héroe en esta vez. ¿De qué habrían servido, en verdad, la sangre derramada, el valor, y la perseverancia sin los medios suministrados por su habilidad estratégica, y por la confianza que supo infundir á sus soldados, sin la cual habrían vacilado y retrocedido?

Despues que su genio militar ha triunfado adquiere nuevos lauros por la disciplina en que mantiene aquestas fuerzas que poco ántes, cual un torrente devastador, habian rebasado las fortificaciones, pero que una vez dentro de la ciudad se hallan reunidas en el mejor órden y la mas completa sumision, sin que ningun nuevo acto de violencia, ninguna señal de desórden ó de rapacidad, ni muestra alguna de represalia ni de odio empañen su triunfo. Descansando sobre las armas, cual se ven los cuerpos en una gran parada, los contempla con asombro, pero sin sobresalto, la multitud de niños y mujeres que ocupan los balcones. Esta actitud contribuyó mucho á que se rindiesen los puntos de la ciudad qne aun permanecian ocupados por el enemigo. Al dirigirse el general hácia Palacio, atronaban el aire las aclamaciones entusiastas de los soldados y del pueblo; y el prolongado grito de "¡viva Porfirio Diaz!" acompañado de las sonoras dianas, era repetido simultáneamente por mil bocas.

Situáronse luego baterías á corta distancia del cerro fortificado. Entre tanto, los soldados prisioneros fueron incorporados á las filas liberales; las trincheras y fortificaciones se repararon incinerándose los cadáveres, y dándose otras disposiciones convenientes para la seguridad y gobierno de la ciudad, así como para arbitrar recursos. Al dia siguiente se intimó á la guarnicion del fuerte que se rindiese á discrecion, previniéndole que no se escucharía ninguna proposicion una vez comenzado el ataque. Por la noche vinieron unos comisionados, y viendo que no podian obtener mejores proposiciones, el general Tamariz presentó su espada. "Guardadla, compañero," dijo Diaz, "siempre ha conservado su buen temple y todavía tiene que servir á la república." Este acto generoso no pudo ménos que influir favorablemente sobre la guarnicion, y al amanecer del dia siguiente apareció enarbolada una bandera blanca. Entre los prisioneros figuraban once generales y tres obispos, que fueron separados de los de rango ménos elevado.

Así cayó Puebla, la mas temible, bajo cierto punto de vista, de las tres plazas fuertes que aun conservaban los imperialistas; pues que la capital, bajo iguales circunstancias, no podría sostenerse por mucho mas tiempo. El acontecimiento del 2 de Abril hizo estremecer hasta sus cimientos al imperio que se desplomaba, y difundió un gran desaliento tanto en Querétaro como en Méjico, contribuyendo, como se verá luego, á los triunfos subsecuentes de los republicanos. La pérdida de vidas no fué poca, pues solamente la de la 1a division pasó de 450 hombres.